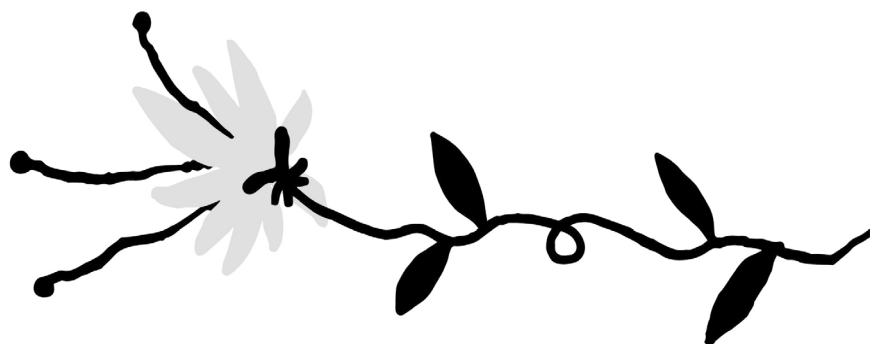


# Cielo rojo

Viridiana Carrillo



¿Qué se hace a la hora de morir? ¿Se vuelve  
la cara a la pared?  
¿Se agarra por los hombros al que está cerca y oye?  
[¿Se echa uno a correr como el que tiene  
las ropas incendiadas, para alcanzar el fin?

ROSARIO CASTELLANOS

—Compré un álbum enorme, en él podré ordenar todas sus fotos —me dijo mamá mientras lo dejaba caer en la mesa.

Nosotras tuvimos álbumes desde bebés. Esos donde se anotan los detalles del parto, los pequeños logros y descubrimientos, fotos de la primera visita al pediatra, el pie y la manita embarrados de pintura, el primer diente de leche, las vacunas. Fotos del primer cumpleaños. Luego otros más hasta la pubertad. Una vez perdida la niñez las fotos escasean. Es común ir retratando la vida e ir dando constancia de ella, de los momentos felices. Pero mamá lo que quería en ese momento era un álbum mortuario de Andrea: una línea de vida a muerte plasmada en imágenes.

—¿Me ayudas?

Por supuesto que quería decir que no. Y por supuesto que acepté.

Mamá se empeñaba en poner las fotos en un obsesivo orden cronológico. Me apenaba no encontrar una sola imagen de ella embarazada y si no pregunté es porque ya sabía la respuesta: una gestación sola. En las primeras imágenes, Andrea debe tener algo así como seis meses: ese rostro tan indefinido de bebé, como un botón de carne rojizo. Con ropas tejidas de forma artesanal. Nunca vi a mamá tejer, quizás se las regalaron. Después, ciertos objetos propios de la infancia: carriola, cuna, andadera, todas más bien rústicas, tan metálicas, con pocos colores vivos, incluso diría que incómodas. Mamá comienza a llorar, y como no sé consolar a nadie ni hacer una situación más llevadera, me levantó a preparar té.

Cuando regreso, con las manos vacías, ya que a ninguna de las dos nos gusta tomar nada caliente, ha esparcido las fotografías sobre las baldosas del piso. No digo nada. Lejos de observar los cambios físicos de mi hermana o ir recordando momentos, voy fijando mi atención en las casas, los muebles, las alfombras. Veo que nuestras ropas cambian según el incremento o decremento de dinero. Para cuando yo hago aparición en las fotos, luzco vestidos ostentosos como el betún de los pasteles, zapatos de charol y una pulsera de oro. Nuestra estabilidad económica era una montaña rusa: así como mamá compraba accesorios de lujo, así tenía que ir a empeñarlos o venderlos.

La veo sostener frente a ella la imagen de Andrea adolescente: lleva un vestido blanco, se ve triste, con unos cuantos kilos de más por el embarazado apenas disimulado. Y me acomodo para poder ver mejor cómo se le dibuja a mamá todo aquel

arrepentimiento. Si alguien le hubiera dicho que ese bebé ni siquiera alcanzaría a respirar, no la hubiera obligado, nunca la hubiera obligado a casarse. Me mira, nota mi mirada dura y atenta. No sé cuánto tiempo pasamos así, sin hablar, pero sabiendo. En una casa tan pequeña, uno entiende incluso en el silencio.

Las fotografías de los quince años de mi hermana no muestran una fiesta costosa. No hubo cena, tampoco música en vivo. Sucedió que de mi padre no supimos nada dos días antes de la fiesta y mamá se temía lo peor. Lo peor en los asuntos de mi padre significaba morir/desvanecerse. Para conservar la mentira, una más, la fiesta siguió en pie. Asistieron algunos familiares, hubo alcohol, refrescos y botana. Sin embargo, la cuenta del banco estaba vacía y los lugares donde él solía guardar dinero también lo estaban. Nada de eso importó, mi hermana era feliz, sus amigos eran felices, yo tenía un vestido nuevo y rosa, con tul lleno de brillantina. Las abuelas estaban en casa.

Ahora que lo pienso, su fiesta, al igual que su boda años más tarde, fue una celebración que presagiaba la desdicha.

Una semana después aceptamos que mi padre desapareció, que su dinero desapareció y que no huyó con otra mujer a un lugar exótico como cabía esperar. Encontraron su camioneta abandonada en un rancho cerca de la serranía, sin rastros de nadie y con evidentes signos de violencia: sangre en los asientos, vidrios rotos, impactos de bala. Las teorías elaboradas por familiares o amigos eran que o invirtió mal el dinero en algún negocio y eso a alguien le molestó, o en el trayecto a comprar mercancía lo agarraron, o se metió en terrenos que no le correspondían, o cualquier pendejada. Todo llevaba a lo mismo. Y en cualquier caso debíamos pensarlo muerto, tirado en una fosa o deshecho en algún tambo.

Mi madre se negó a usar la frase *ajuste de cuentas*, lloró un poco y luego dijo que nos mudaríamos a la nueva ciudad donde ahora vivían sus hermanos y la abuela. Una ciudad con progreso, con la termoeléctrica más grande del continente.

Dos veces visitó a una bruja vidente que le aseguró que mi padre estaba secuestrado en un lugar no muy lejano, lo podía ver claramente cerca de unos álamos, veía una noria, aves de corral: creo ver dos guajolotes, algunos gallos. Y que ella podía guiarnos. La segunda vez aseguró que mi padre fue torturado: veía sangre, pinzas, ácido, un tiro en la sien, el cuerpo debían buscarlo en una fosa rumbo a Durango y que ella podía guiarnos. No lo buscaron.

—Puras mentiras dice esa vieja —dijo mamá.

A menudo me preguntaba qué hubiera sido de nosotras si mi padre no hubiera desaparecido. Me gusta decirle *desaparecido*. No porque brinde la esperanza de encontrarlo, o de encontrar su cuerpo que jamás he buscado ni me interesa buscar. Me gusta porque indica dejar de ser visible, y estoy convencida que mi padre jamás fue visible. Que siempre fue un hombre en perpetua desaparición. Un hombre que transitaba por la casa, por mi madre. Con unas manos que bruscamente nos sacudían el pelo o desenrollaban algún billete con la indicación de cómprese lo que quiera. Un hombre transacción. Con un nombre propio y otros más añadidos e inventados. Nunca fue una presencia real, sino una especie de catástrofe que entraba y salía. Y su paso se podía constatar solo por lo dejado tras de sí, como los huracanes. Como una tormenta tropical. Provocaba una especie de temor incendiario el acercarse a él, y a la vez poseía el poder de despertarte la comprensión de saber que era algo natural y que no tenía nada que ver contigo, y nosotras no podíamos más que aceptarlo y tratar de salir indemnes. Fenómenos que se evocan,

como lo evoco de vez en cuando, y que se aceptan como meros accidentes. Eso lo aprendimos de mamá, que aceptó el accidente que fue formar su familia.

La primera vez que mi madre vio a Héctor, mi padre, fue en la zapatería donde ella trabajaba. Iba acompañado de su hermano Fermín, mucho más joven y guapo. Eso le pareció, un tipo guapo, con los ojos bien oscuros, ojeroso, como si fuera árabe. Delgado, fibroso y con ese acento norteño inconfundible. Los hermanos pidieron probarse unos tenis, luego otros y otros más. Fermín le preguntó a mamá de dónde era, ella les dijo que de Chiapas, que recién iba llegando a la ciudad porque ahí vivía su familia. Pero echaba mucho de menos su pueblo y a su abuela, quien la había criado.

Decidieron comprar seis pares de tenis. Pagaron en efectivo. Ella miraba las camisas a medio abotonar donde un pecho lampiño dejaba entrever una cadena dorada. Sintió un poco de miedo de aquella piel descubierta y ostentosa. De que su sonrisa fuera brevísima, un levantón de labios que más parecía un tic que otra cosa. De la forma en la que extendieron los billetes al pagar. Del ruido exagerado de la camioneta al partir. Sintió miedo de ella misma cuando por la noche, mientras bajaban la cortina metálica, volvió a recordar los ojos tan oscuros de ese hombre y la risa burlona y altanera del hermano, una mirada que parecía perseguirla, subirse con ella a la pecera, bajarse, caminar hasta su casa donde su madre y sus cuatro hermanos estarían ya cenando.

Al día siguiente los hermanos volvieron porque un par de tenis siempre no les gustó, mejor querían unos huaraches, aunque acá ni hace calor, pero de donde ellos eran el calor no se aguantaba. Mamá decía que sí a todo, sin problema, escojan los que quieran. Ellos más relajados que el día anterior, los ojos menos turbios, muy enérgicos en sus movimientos, hablando casi a gritos y muy rápido, con palabras que de repente no entendía. De a poco fueron preguntándole más cosas, cuántos años tenía, qué comida le gustaba, qué tipo de música. Preguntas que nadie se había tomado la molestia de hacerle. Preguntas tan inocentes.

Los hermanos continuaron yendo a la zapatería cinco días más, comprando algunos pares para sus sobrinos, porque pronto volverían para el norte ¿Has ido alguna vez? Mamá decía que no, pero seguro era bonito. Los mejores mariscos, las mejores playas.

—No, nunca he visto el mar —se reía. La risa entendida como el mayor gesto humano, la risa que invita, abre la puerta.

Esa noche, al cerrar, una camioneta muy parecida a la de los hermanos estaba estacionada cerca. Bajó la cortina metálica y, entre el ruido, pudo escuchar que la camioneta se encendía. Se despidió de sus compañeros. Caminó hasta la parada del pesero con un sentimiento dividido: querer que Fermín pasara de repente, saludándola, y el deseo de llegar pronto a su casa y resguardarse en su cama para sentirse segura. La camioneta se acercó, bajó un vidrio oscuro y la cara de Héctor y los labios de Héctor con la muequita tic no sonrisa: adónde iba, la llevaba a su casa, no tengas miedo. Y se subió, porque al igual que a Andrea, nadie la previno del canto de las sirenas. Nadie le dijo que en los viajes siempre hay desgracias. Solo que ese viaje no terminaría pronto: a decir verdad, el naufragio le duraría toda la vida.

Viajaron casi dos mil kilómetros al norte. Cuando por fin se bajaron, mamá sintió un aire caliente y sofocado que le quemaba las mejillas y que en nada se parecía a lo que hasta entonces conocía. Comenzó a sudar, a sentir el cuerpo pegajoso y las mejillas ardiendo, se tocó la frente pensando que podría estar fiebreada. No,

porque sudaba, abría sus fosas, esas ganas de boquear para ver si así entraba algo de oxígeno. Héctor se rio.

—Ya te acostumbrarás al clima. Entra a la casa, te presentaré a mi madre, vivirás con ella hasta que yo vuelva.

¿Qué le habrá dicho mamá para tratar de disuadirlo? Explicarle por qué ella no era su tipo, se aburriría pronto, ni siquiera tenía estudios, nunca había tenido novio, así que no sabía nada de la vida. No tenía el porte de algunas mujeres de diminuta cintura, ni fumaba, no irradiaba autoridad. ¿Qué le habrá dicho? Si es que dijo algo. Es de suponer que uno suplica ante la desgracia, busca el perdón o la oportunidad. Si no fue con palabras, al menos con llanto.

Dieciséis años después haría el camino de vuelta al sur, con nosotras como extensiones de un hombre, como rizomas de su violencia, con los muebles costosos porque eran de cedro, diseño exclusivo, colchón ortopédico, refrigerador de dos puertas, cuadros dorados de fotografías de estudio, cajas de enciclopedias, objetos de porcelana, edredones de plumas. Todo eso dentro de una casa en permanente obra negra: a mitad de la construcción el dinero se acabó y mejor postergar. Una incoherencia ver esos muebles en medio de paredes grises de block y un piso que había que regar antes de barrer para no levantar polvillo de cemento.

Una vez instaladas en la nueva ciudad, mamá nos inscribió en un colegio donde iban algunos primos, hijos de los tíos que trabajaban en la termo y podían estudiar ahí porque era de sindicalizados, cosa que me sonaba como algo importante. Sin embargo, el dinero solo disminuía y para ahorrarnos el transporte nos cambiaron a otra escuela cercana, donde Andrea y yo podíamos ir caminando, ella por la tarde en secundaria y yo por la mañana en primaria, y en la que el director era sumamente anciano y le llamábamos Mumm-Ra y solía jalarles las patillas a los hombres y a nosotras tirarnos del flequillo. Yo me inventaba un padre que seguía vivo en el norte y era comerciante, porque con diez años yo sabía perfectamente que algunas palabras no tenían que pronunciarse. Mamá decía que su esposo —su exesposo— había sido —era— comerciante, mi hermana también. Y si uno no es muy exigente, estaban en lo correcto.

Puede ser que en esa ciudad haya comenzado a gestarse toda mi maldad posterior, también puede ser que sea mera herencia de mi padre, como solía decirme mamá cuando yo la hería. El caso era que yo gritaba, respondía con altanería, detestaba su cuidado y me gustaba espiar a Andrea, ver su cuerpo frondoso que apresuraba una maduración que nunca llegaría. Una vez quise entrar a su habitación, pero estaba cerrada y por más que tocaba parecía no haber nadie dentro. Su ventana daba hacia la calle y yo sabía que a Andrea le gustaba dormir dejándola un tanto abierta, así que fui por fuera, metí mi mano delgada, corrí la cortina y vi esos dos cuerpos, el de ella y el de César, su compañero de la ferretería donde trabajaba los fines de semana. Tenían la boca abierta. Parecían exhaustos. Los miré largo rato hasta que oí el grito de mamá.

En una película de Kurosawa un niño se adentra en el bosque un día de lluvia con sol y espía a los zorros que van a contraer nupcias, lo cual está prohibido. A pesar de su sigilo es sorprendido, y como castigo, una vez de vuelta a casa, su madre le entrega el puñal que los zorros le han dado para que el niño se suicide. Mi madre decía que en los días de lluvia con sol nacían venados. No estaba prohibido verlos porque simplemente era imposible. Son tremendamente astutos, mucho más que cualquier zorro. Había que creer en el nacimiento y eso era suficiente. Ella supo

que te espiaba, solo que se hubiera enterrado el puñal hasta perderlo en sus entrañas en lugar de dármelo. Es probable que precisamente eso haya hecho. Porque el amor es esconder los cuchillos dentro de uno mismo. Y tratar de crecer dentro de ese cuerpo atravesado.

El cuerpo comenzó a ser una de mis obsesiones. La diferencia entre el de Andrea y el mío era abismal. Yo apenas pesaba unos 40 kilos, escaso vello púbico; en cambio, había una capa blanquecina y hedionda alrededor de mi sexo de varios días sin lavarme. Un olor penetrante. Mi olor. No tenía los senos inflamados, ni siquiera un poco, eran dos sellos rosados adheridos a mi piel. No tenía vello en las axilas. Eran trece años y mi cuerpo se negaba a crecer. Solo había secreciones, hedor, empequeñecimiento. En cambio, el cuerpo de Andrea era hermoso y grande. Era avasallador. Las tetas enormes. Recuerdo verlas con recelo, pensaba que de alguna manera se las arregló para robarme mi porción, como esa hermana gemela que no deja desarrollarse al otro feto. Supongo que esta fijación fue lo que me hizo ser la primera en notar el cambio en su abdomen.

Mi madre la casó con César en cuanto Andrea, ahogada en llanto, se lo confesó. La celebración fue en nuestra casa y casi sin invitados. Entre lo gris del piso y las paredes, recuerdo la blancura del pastel enorme en forma de corazón con rosas rojas naturales al centro. Decidieron que Andrea seguiría en casa durante todo el embarazo y los primeros meses del bebé. César venía cada tarde a verla, salían a dar una vuelta en la moto y seguramente pensaban en los nombres y en un lugar donde vivir. O no.

Una noche salieron a festejar que César por fin había conseguido un buen empleo. Mamá se cubría los oídos cada que escuchaba el motor de la motocicleta acercarse. Me aterra, decía. Para mi hermana era el sonido que la hacía arreglarse el pelo y correr al baño a pintarse los labios de rojo.

Aquella noche, cerca de las dos de la madrugada, ambos murieron reventados en el pavimento. El golpe fue furioso, sus cuerpos no tuvieron reparo al derramarse. César murió en el acto, a ella le tomó un par de minutos. ¿Qué se hace a la hora de morir? De sus últimos minutos me gusta pensar lo siguiente: que sintió el golpe duro que partió en dos a César, desmembrándolo, y notó que su propio pecho se fragmentaba por dentro y sus manos se deshacían de ese cuerpo molido, ensangrentado, percibiendo el olor de sus propias heces; y notó también que una pierna y un brazo estaban fracturados, todo eso; y el cielo indiferente, el mismo puto cielo de cada noche, el camellón con mierda de perro, el olor de gasolina, el chirrido de la moto que siguió desgastando la rueda contra el pavimento sacando chispas como el punto cúspide de una obra: fuegos artificiales ¡Bravo! Todo eso: la cara de aquel que dicen estaba ahí y huyó, por miedo, por cobardía, porque él mismo les cerró el paso y entonces se subieron al camellón y se estrellaron. Todo eso solo pudo ocasionar que pensara «Maldita sea, me lleva la chingada». Y sí, que se estaba muriendo, que era verdad eso de la fragilidad, de lo fugaz, que uno se muere aunque tenga 19 años. Que no era ninguna excepción y el amor no es suficiente, ni decir bien, de ahora en adelante será distinto, espera un poco, te explico por qué no puedo morir aún. No, nada. El pánico sí, en esos minutos elásticos, inmensos, segundos pesados, porque ir muriendo es como un agujero negro y el tiempo se expande lo mismo que el terror de no saber qué hay del otro lado: lo más seguro es que nada y en ese irse por el fondo te vas deshaciendo. No se puede respirar, la pared ósea del tórax está destruida, las costillas perforaron los pulmones y el

cerebro va quedándose sin oxígeno. No basta todo el amor. No bastará nunca para detener nada.

Mamá tuvo que reconocer el cuerpo, pensar en el milagro imposible del tiempo fraccionado al correr la sábana blanca y esperar otra mujer tendida, una que sí, es verdad, cómo se parecía porque el mismo pelo negro, y vea usted la piel blanca, pero faltan kilos diría yo, falta muslo y dos lunares. Cuánto habría dado, cuántos puñales escondido en ella porque ese cuerpo fueran mil cuerpos parecidos; es más, el de ella misma, una broma perversa que la hiciera creer viva y solo darse cuenta de su condición viendo su cuerpo tirado sobre la plancha helada, como en *Ghost*, cuando Patrick Swayze se ve a sí mismo muerto, tirado en la calle y entra en pánico y negación. En su caso en alivio, decir: ¡Oh, gracias a dios no es Andrea! Soy yo, solo yo. Porque los padres no sepultan a sus hijos, menos a sus nietos; claro, cómo pensar que podía ser Andrea. Entonces corre ese velo blanco de los muertos y sí, habrá dicho entre gritos que sí, es su hija, su entraña. El forense se apresura a volver a cubrir y evita ver la belleza mortuoria, al menos mientras está la madre ahí y grita por qué, por qué, por qué. Cuántas veces ha escuchado esa pregunta.

Así que luego de su muerte nos volvimos a mudar. La casa, esta casa, es sumamente pequeña. No podía ser de otra manera, yo pensaba que se trataba de un juego de muñecas rusas, ir achicándonos en número y espacio: entre más pequeña menos deseos, menos momentos de soledad, más calor rebotando en las paredes, más adormecerse. Los días pasan escuchando todo desde cualquier ángulo de esa casa. No tener secretos convierte la existencia en algo incuestionable de pura transparencia, por lo tanto, no hacemos preguntas, ni siquiera un qué tal dormiste, lo sabemos de sobra: cuatro accesos de tos, dos veces tomar agua, dos idas al baño, una sin bajar la palanca, ir a mear encima de los meados, oler ese aroma penetrante y cítrico de la orina rancia. Despertar sin levantarse. No preguntar qué harás hoy, no, porque no se debe ahondar en la miseria.

Aquí me convencí de que mi hermana y mi padre jamás existieron, o de que debía comenzar a olvidarlos, todo se pierde al entrar en esta casa. Hay noches en las que encuentro a mamá llorando como un dios perturbado buscando insaciable el perdón de sus criaturas, repitiéndoles que las cosas en ocasiones se salen de control. Y al verla tratando de armar una vida en imágenes estáticas o verla tendida en la cama o en el piso, me recuerda a los musulmanes que oran en La Meca incapaces de encontrar mundos pequeñísimos, o quizás sí y no lo sabemos, pues nos han hecho creer que su plegaria va hacia lo alto para no decirnos que tienen un universo condesando dentro de un grano minúsculo y son felices observando a los seres que lo habitan. Son felices soplando de vez en cuando sobre ellos. Son tan felices como el mismo dios que nos convoca y nos observa.